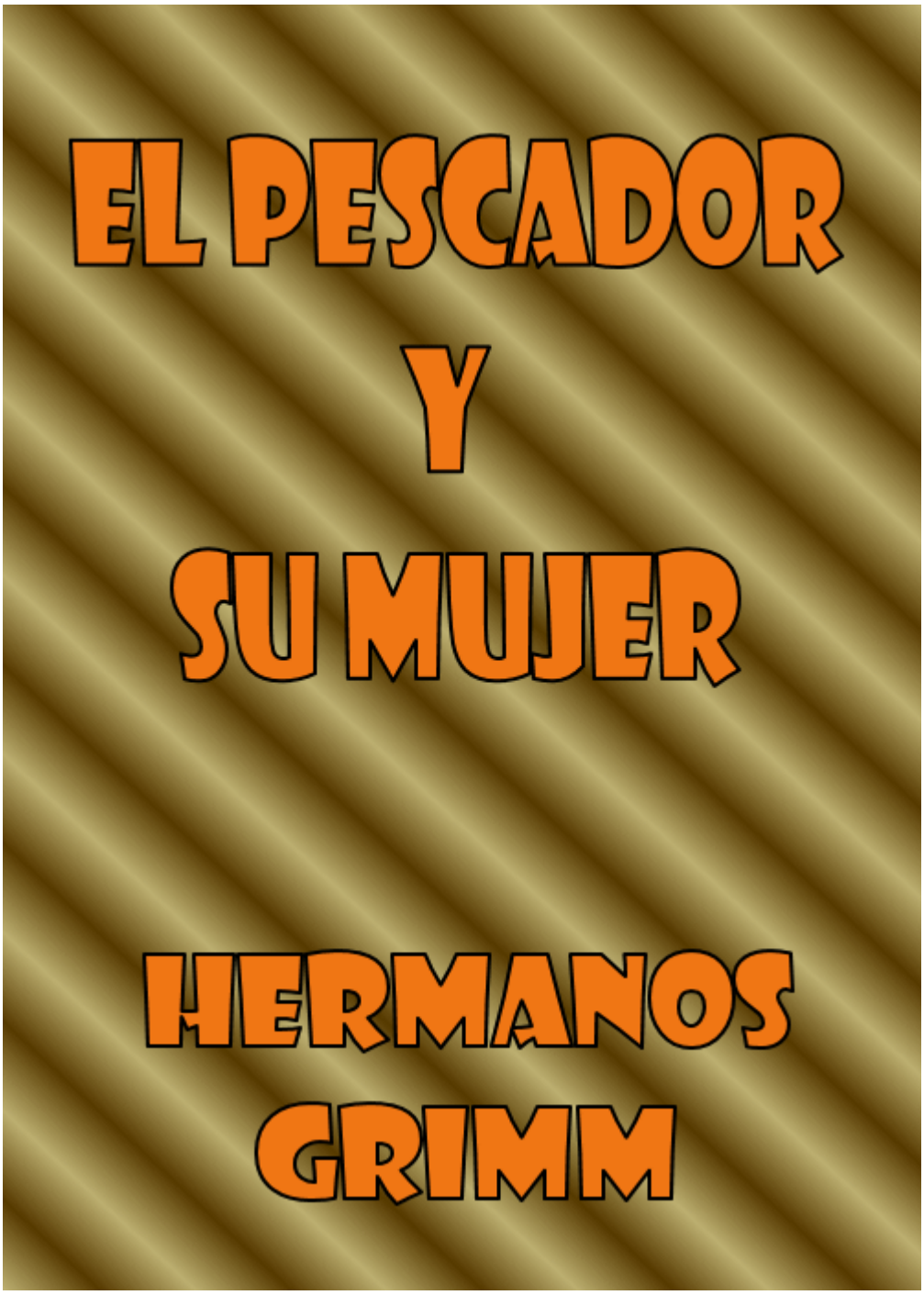
LIBRO dot.com

El Pescador y su Mujer

Hermanos Grimm



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

Érase una vez un pescador que vivía con su mujer en una mísera choza, a poca distancia del mar. El hombre salía todos los días a pescar, y pesca que pescarás.

Un día estaba sentado, como de costumbre, sosteniendo la caña y contemplando el agua límpida, espera que te espera.

He aquí que se hundió el anzuelo, muy al fondo, muy al fondo, y cuando el hombre lo sacó, extrajo un hermoso rodaballo. Dijo entonces el pez al pescador:

-Oye, pescador, déjame vivir, hazme el favor; en realidad, yo no soy un rodaballo, sino un príncipe encantado. ¿Qué ganarás con matarme? Mi carne poco vale; devuélveme al agua y deja que siga nadando.

-Bueno -dijo el hombre-, no tienes por qué gastar tantas palabras. ¡A un rodaballo que sabe hablar, vaya si lo soltaré!

¡No faltaba más!

Y así diciendo, lo restituyó al agua diáfana; el rodaballo se apresuró a descender al fondo, dejando una larga estela de sangre, y el pescador se volvió a la cabaña, donde lo esperaba su mujer.

-Marido -dijo ella al verlo entrar-, ¿no has pescado nada?

-No -respondió el hombre-; pesqué un rodaballo, pero como me dijo que era un príncipe encantado, lo he vuelto a soltar.

-¿Y no le pediste nada? -replicó ella.

-No -dijo el marido-; ¿qué iba a pedirle?

-¡Ay! -exclamó la mujer-. Tan pesado como es vivir siempre en este asco de choza; por lo menos podías haberle pedido una casita. Anda, vuelve al mar y llámalo; dile que nos gustaría tener una casita; seguro que nos la dará.

-¡Bah! -replicó el hombre-. ¿Y ahora tengo que volver allí?

-No seas así, hombre -insistió ella-. Puesto que lo pescaste y lo volviste a soltar, claro que lo hará. ¡Anda, no te hagas rogar! Al hombre le hacía maldita la gracia, pero tampoco quería contrariar a su mujer, y volvió a la playa.

Al llegar a la orilla, el agua ya no estaba tan límpida como antes, sino verde y amarillenta. El pescador se acercó al agua y dijo:

"Solín solar, solín solar,
pececito del mar,
Belita, que es mi esposa,
quiere pedirte una cosa".

Acudió el rodaballo y dijo: -Bien, ¿qué quiere?

-Pues mira -contestó el hombre-, puesto que te pesqué hace un rato, dice mi mujer que debía haberte pedido algo. Está cansada de vivir en la choza y le gustaría tener una casita.

-Vuélvete a casa -dijo el pez-, que ya la tiene.

El pescador volvió a su casa y ya no encontró a su mujer en la mísera choza; en su lugar se levantaba una casita, frente a cuya puerta estaba ella sentada en un banco. Tomando al marido de la mano, le dijo:



-Entra. ¿Ves? Esto está mucho mejor. Efectivamente, en la casita había un pequeño patio y una deliciosa sala, y dormitorios, cada uno con su cama, y cocina y despensa, todo muy bien provisto y dispuesto, con toda una batería de estaño y de latón, sin faltar nada. Y detrás había un corral, con gallinas y patos, y un huertecito plantado de hortalizas y árboles frutales.

-Míralo -dijo la mujer-, ¿verdad que es bonito?

-Cierto -asintió el marido-, y así lo dejaremos; ¡ahora sí que viviremos contentos!

-¡Será cosa de pensarlo! -replicó ella, y cenaron y se fueron a acostar. Transcurrió un par de semanas, y un día dijo la mujer:

-Oye, marido: bien mirado, esta casita nos viene un poco estrecha, y el corral y el jardín son demasiado pequeños; el rodaballo podía habernos regalado una casa mayor. Me gustaría vivir en un gran palacio, todo de piedra. Anda, ve a buscar al pez y pídele un palacio.

-¡Pero, mujer! -exclamó el pescador-. Ya es bastante buena esta casita. ¿Para qué queremos vivir en un palacio?

-No seas así -insistió ella-. Ve a ver al rodaballo; a él no le cuesta nada.

-¡Que no, mujer! -protestaba el hombre-; el pez nos ha dado ya la casita; no puedo volver ahora, que a lo mejor se enoja.

-Te digo que vayas -porfió ella-, puede hacerlo y lo hará gustoso; tú ve, no seas terco.

Al hombre le costaba mucho hacer eso, y se resistía.

"No es de razón" decíase; pero acabó por ir.

Al llegar al mar, el agua tenía un color violado y azul oscuro, sucio y espeso: no era ya verde y amarillenta como la vez anterior; de todos modos, su superficie estaba tranquila. El pescador se acercó al agua y dijo:

"Solín solar, solín solar,
pececito del mar,
Belita, que es mi esposa,
quiere pedirte otra cosa".

Asomó el rodaballo y preguntó:

-Bien, y ¿qué es lo que quiere?

-¡Ay! -suspiró el hombre-, quiere vivir en un gran palacio, todo de piedra.

-Vuélvete, te aguarda a la puerta -dijo el pez.

Volvió el hombre, creyendo regresar a su casa, pero al llegar se encontró ante un gran palacio de piedra. Su mujer, en lo alto de la escalinata, se disponía a entrar en él. Tomándolo de la mano, le dijo:

-Entra conmigo.

El hombre la siguió. El palacio tenía un grandioso vestíbulo, con todo el pavimento de mármol y una multitud de criados que se apresuraban a abrir las altas puertas; y todas las

paredes eran relucientes y estaban cubiertas de bellísimos tapices, y en las salas había sillas y mesas de oro puro, con espléndidas arañas de cristal colgando del techo; y el piso de todos los dormitorios y aposentos estaba cubierto de ricas alfombras. Estaban las mesas repletas de manjares y de vinos generosos, y en la parte posterior del edificio había también un gran

patio con establos, cuadras y coches; todo, de lo mejor; tampoco faltaba un espaciosísimo y soberbio jardín, lleno de las más bellas flores y árboles frutales, y un grandioso parque, lo menos de media milla de longitud, poblado de corzos, ciervos, liebres y cuanto se pudiese desear.

-¡Bueno! -exclamó la mujer-. ¿No lo encuentras hermoso?



-Sí -asintió el marido-, y así habrá de quedar. Viviremos en este bello palacio, contentos y satisfechos.

-Eso ya lo veremos -replicó la mujer-; lo consultaremos con la almohada. Y se fueron a dormir.

A la mañana siguiente, la esposa se despertó primero. Acababa de nacer el día, y desde la cama se dominaba un panorama hermosísimo. El hombre se desperezó, y ella, dándole con el codo en un costado, le dijo: -Levántate y asómate a la ventana. ¿Qué te parece? ¿No crees que podríamos ser reyes de todas esas tierras? ¡Anda, ve a tu rodaballo y dile que queremos ser reyes!

-¡Bah, mujer! ¿Para qué queremos ser reyes? A mí no me parece.

-Bueno -replicó ella-, pues si tú no quieres, yo sí. Ve a buscar el rodaballo y dile que quiero ser reina.

-Pero, mujer mía, ¿por qué te ha dado ahora por ser reina? Yo esto no se lo puedo decir.

-¿Y por qué no? -se enfurruñó la antigua pescadora-. Vas a ir inmediatamente. ¡Quiero ser reina!

Se marchó el hombre cabizbajo, aturdido ante la pretensión de su esposa. "No es de razón", pensaba. Se resistía; pero, con todo, fue.

Al llegar ante el mar, éste era de un color gris negruzco, y el agua borboteaba y olía a podrido. El hombre se acercó y dijo:

"Solín solar, solín solar,
pececito del mar,
Belita, que es mi esposa,
quiere pedirte otra cosa".

-Bien, ¿qué quiere, pues? -preguntó el rodaballo.

-¡Ay! -respondió el hombre-. Ahora quiere ser reina.

-Márchate, ya lo es -dijo el rodaballo. Se alejó el hombre y, cuando llegó al palacio, éste se había vuelto mucho mayor, con una alta torre, magníficamente ornamentada. Ante la puerta había centinelas y muchos soldados con tambores y trompetas. Entró en el edificio y vio que todo era de mármol y oro puro, con tapices de terciopelo adornados con grandes borlas de oro. Cuando se abrieron las puertas de la sala, vio a toda la corte allí reunida, y a su mujer, sentada en un elevado trono de oro y diamantes, con una gran corona de oro en la cabeza y sosteniendo en la mano un cetro de oro puro y piedras preciosas. A ambos lados del trono se alineaban seis damas de honor, cada una de ellas una cabeza más baja que la anterior.

El marido se adelantó y se quedó contemplando un rato a su esposa. Al cabo dijo: -¡Vaya, pues no estás mal de reina! Ahora ya no querremos nada más.

-No, marido -replicó ella toda desazonada-. Ya se me hace largo el tiempo, y me aburro. ¡No lo puedo resistir! Ve al rodaballo, y, puesto que soy reina, dile que quiero ser emperatriz.

-¡Pero, mujer! -protestó el hombre-. Y ¿por qué quieres ser emperatriz?

-Anda -ordenó ella-, te vas a llamar al rodaballo. Me dio por ser emperatriz.

-Mira, mujer-insistió el marido-, él no puede hacer emperadores; eso no se lo pido. Emperadores sólo hay uno. ¡Te digo que no puede, vamos, que no puede!

-¡Cómo! -exclamó la mujer-. Soy reina, y tú no eres más que mi marido. ¿Quieres ir o no? ¡Andando, y sin protestar!

Si puede hacer reyes, lo mismo puede hacer emperadores, y yo quiero serlo. ¡Ve enseguida!

No hubo más remedio, y el pobre hombre tuvo que volver a la playa; pero en su corazón sentía una gran angustia y pensaba: "Esto no puede continuar así. ¡Emperatriz! Es demasiado atrevimiento; al fin, el rodaballo se cansará".

Y llegó al mar, el cual aparecía negro y espeso, y sus aguas empezaban a escupir espumas en la superficie y a burbujear; soplaba, además, un viento huracanado que lo agitaba terriblemente. El hombre sintió un escalofrío, pero se acercó al agua y dijo:

"Solín solar, solín solar,
pececito del mar,
Belita, que es mi esposa,
quiere pedirte otra cosa".

-Bien, ¿qué quiere, pues? -dijo el rodaballo.

-¡Ay, amigo pez! -respondió él-, mi mujer quiere ser emperatriz.

-Puedes marcharte -replicó el pez-, que ya lo es.

Regresó el hombre y se encontró con un palacio de mármol bruñido, con estatuas de alabastro y adornos de oro. Ante la puerta, los soldados marchaban en formación, al son de tambores y trompetas. En el interior, iban y venían los barones, condes y duques como si fuesen criados, abriéndole las puertas, que eran de oro reluciente. Al entrar, vio a su mujer en un trono, todo él un ascua de oro y como media legua de alto. Llevaba una enorme corona, también de oro, de tres codos de altura, toda incrustada de brillantes. En una mano sostenía el cetro, y en la otra, el globo imperial, y a ambos lados formaban los alabarderos en dos filas y sus tallas disminuían progresivamente, desde un altísimo gigante que bien alcanzaría media legua, hasta un enano pequeñísimo, apenas más grande que el

dedo meñique. ¡Y príncipes y duques, a montones! Se acercó el marido, y, colocándose entre todos aquellos personajes, dijo: -Mujer, ya eres emperatriz.

-Sí -respondió ella-, soy emperatriz. Él la examinó detenidamente durante largo rato y, al cabo, exclamó:

-¡Ah, mujer mía, qué bien te sienta ser emperatriz!

-Marido -replicó ella-, ¿qué haces aquí parado? Soy emperatriz, pero ahora quiero ser papa; conque ya estás yendo a ver a tu rodaballo.

-¡Pero mujer! -protestó el hombre-. ¿Es que quieres serlo todo? Papa es imposible: Papa sólo hay uno en toda la Cristiandad. No hay que pedir tonterías; eso no lo puede hacer el pez.

-Marido -dijo ella-, quiero ser Papa; ve sin replicar, que quiero serlo hoy mismo.

-No, esposa mía -insistió el hombre-, esto no se lo puedo pedir, ya es demasiado; el rodaballo no puede hacerte Papa.

-¡No digas tonterías! -replicó la mujer-. Si puede hacer emperadores, bien

podrá hacer Papas. Anda, que yo soy emperatriz, y tú eres mi marido. ¿Te atreves a negarte?

El pobre marido, atemorizado, partió. Se sentía desfallecer; temblaba como si estuviera enfermo, vacilábanle las piernas y se le doblaban las rodillas. Un viento huracanado azotaba el país; volaban las nubes en el cielo, y una oscuridad de noche lo invadía todo. Las hojas se escapaban, arrancadas de los árboles, y las olas del mar se encrespaban, con un estrépito de hervidero, estrellándose contra la orilla. En lontananza se veían barcos que disparaban cañonazos pidiendo socorro, saltando y brincando a merced de las olas. No obstante, en el centro del cielo aparecía aún una mancha azul, rodeada de nubes rojas, como cuando se acerca una terrible borrasca. Se acercó el hombre, lleno de espanto, y, con voz en que se revelaba su angustia, dijo:

"Solín solar, solín solar,
pececito del mar,
Belita, que es mi esposa,
quiere pedirte otra cosa".

-Bien, ¿qué quiere, pues? -dijo el rodaballo.

-¡Ay! -respondió el hombre-. Quiere ser Papa.

-Vete, que ya lo es -replicó el pez. Se marchó el pescador, y al llegar se encontró ante una gran iglesia rodeada de palacios. Abriéndose camino entre la multitud, vio que el interior estaba iluminado por millares y millares de cirios, y que su mujer estaba toda vestida de oro, sentada en un trono aún mucho más alto, con tres coronas de oro en la cabeza y rodeada de muchísimos obispos y cardenales. A ambos lados tenía dos hileras de cirios: el mayor, grueso y alto como una torre; el menor, como una velita de cocina. Y todos los emperadores y reyes, de rodillas, le besaban la sandalia.

-Mujer -dijo el hombre después de contemplarla-, ¡Ya eres Papa!

-Sí -dijo ella-, soy Papa.

Se adelantó él más y la miró detenidamente, y le pareció que estaba viendo el sol. Al cabo de un buen rato de contemplarla, exclamó:

-¡Ay, mujer! ¡Qué bien te está el ser Papa!

Pero ella permanecía envarada, tiesa como un árbol, sin hacer el menor movimiento. Dijo él entonces:

-Estarás satisfecha, puesto que eres Papa; ya no te queda más qué desear. -Eso lo pensaré -replicó ella. Y se fueron a la cama; pero la mujer no estaba aún contenta; la ambición no la dejaba dormir, y no hacía sino cavilar qué más podría ser aún.

En cambio, el marido durmió como un tronco, cansado de tanto ir y venir. Su esposa se pasó la noche revolviéndose en la cama sin pegar un ojo, siempre cavilando qué podría ser todavía, y sin encontrar nada. Llegó el alba, y al ver las primeras luces de la aurora, la mujer

se incorporó en el lecho y clavó la mirada en el horizonte. Y al ver cómo el sol despuntaba y ascendía en el firmamento...

"¡Ah! -pensó súbitamente-, ¿no podría yo también hacer que saliesen el sol y la luna?".

-Marido -dijo, dándole con el codo en las costillas-, levántate y vete a ver al rodaballo; quiero ser como Dios Nuestro Señor.

El hombre, que dormía como un bendito, tuvo un susto tal, que se cayó de la cama. Pensando que había oído mal, preguntó, frotándose los ojos:

-¿Qué estás diciendo, mujer?

-Marido -contestó ella-, eso de que no pueda hacer salir el sol y la luna, no voy a resistirlo. Ya no tendré una hora de reposo; siempre pensaré que hay una cosa que no puedo hacer-. Y le dirigió una mirada tan colérica, que el hombre sintió que le recorría un escalofrío.

-Ve enseguida -le ordenó-; quiero ser como Dios Nuestro Señor.

-Pero mujer -suplicó él, cayendo de rodillas-, esto no puede hacerlo el rodaballo. Emperador y pontífice, pase. Te lo ruego, ¡conténtate con ser Papa!

La ira se apoderó de ella; agitando salvajemente la cabellera, se puso a gritar:

-¡Yo no aguanto esto! No lo aguanto ni un momento más. ¿Quieres ir, o no?

El hombre se puso los pantalones y se precipitó a la calle como loco.

Afuera arreciaba la tempestad, de tal modo desencadenada, que a duras penas el pescador lograba tenerse en pie. El viento derribaba las casas y arrancaba de cuajo los árboles; temblaban las montañas, y las rocas se precipitaban al mar; el cielo era negro como el pez; estallaban rayos y truenos, y elevábanse altas olas como campanarios, coronadas de blanca espuma. El hombre se puso a gritar, sin que él mismo pudiera oír su voz:

"Solín solar, solín solar,
pececito del mar,
Belita, que es mi esposa,
quiere pedirte otra cosa".

-Bien, ¿qué quiere, pues?

-¡Ay! -exclamó él-. ¡Quiere ser como Dios Nuestro Señor!

-Vete ya, la encontrarás en la choza. Y allí siguen todavía.

